

# LA MISION DEL BRIGADIER JOAQUIN XAVIER CURADO EN EL RIO DE LA PLATA, EN 1808

## CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL PERIODO PRERREVOLUCIONARIO

*A mi distinguido amigo  
el R. P. Oscar P. Dreidemie.*

**E**L período histórico o mejor dicho el proceso histórico que se inicia con la capitulación de Buenos Aires el 27 de junio de 1806 y finaliza con la caducidad de las autoridades españolas en mayo de 1810, presenta aun, a pesar de lo mucho que se ha ahondado en los acontecimientos de ese ciclo, ciertos claros que la aparición de nuevos documentos olvidados en legajos poco o nada manipulados, permiten llenar, esclareciendo, a veces, hechos hasta ahora imperfectamente conocidos. Tal ocurre, entre otros episodios, con la misión confiada al Brigadier lusitano Don Joaquín Xavier Curado en 1808, a raíz de haber fijado los Braganza su residencia en el Brasil <sup>(1)</sup>.

---

(1) Muy lejos de nosotros la pretensión de que los documentos consultados modifican substancialmente lo expuesto por historiadores de la erudición de Mitre y de Groussac a propósito de la curiosa misión o de Levene y

con las milicias de nueva creación, mal armadas y con municiones escasas que, únicamente, ofrecían una débil resistencia a soldados que se suponía aguerridos y perfectamente pertrechados.

Liniers, en el recordado oficio a Olaguer Feliú, encarecía el envío de tropas, armas, municiones y «demás efectos de guerra» para evitar los incalculables quebrantos que ocasionaría la pérdida de aquel extenso territorio. Para mayor seguridad proponía que los auxilios fuesen remitidos al establecimiento de Carmen de Patagones, evitando así la entrada en el estuario y el peligro de su apresamiento por buques de Su Graciosa Majestad.

Por su parte el Cabildo solicitaba auxilios pecuniarios al de Lima, cuyo Virreinato era, indudablemente, el más provisto de recursos (4). Desazonaba al Ayuntamiento bonaerense el silencio del gobierno lusitano que, a fines de abril, aun no había comunicado al «Superior Gobierno de estas Provincias» el arribo a su colonia del Brasil de la Real Familia, ni hecho pública manifestación de que la armonía existente entre ambas coronas no sería alterada. Tal actitud considerábase como una vehemente presunción de que el Príncipe Regente no obraba de buena fe y que si ya no había hostilizado los dominios de S. M. C. era porque carecía de tropas nacionales, esperando únicamente las que habría de proporcionarle su aliado el Rey de la Gran Bretaña para la ejecución de sus siniestros planes.

El Cabildo, siempre previsor, procedía entretanto al acopio de víveres, a fin de afrontar, en caso necesario, un prolongado sitio y solicitaba, como se ha dicho, fondos para cubrir los gastos que la defensa de estos territorios exigía.

Tampoco permanecía inactivo el Cabildo de Montevideo. Deseoso de anticiparle al de esta Capital alguna noticia de importancia acerca de los rumores propalados determinó,

---

(4) Archivo General de la Nación. Oficio al Cabildo de Lima. Buenos Aires, 27 de abril de 1808.



El establecimiento de la familia real de Portugal en sus vastos dominios americanos produjo en las colonias españolas del Río de la Plata profunda sensación. Las noticias divulgadas en la Capital del Virreinato referentes al arribo a Río de Janeiro del Príncipe Regente, asociaban a este hecho considerado extraordinario la seguridad de una próxima invasión a los dominios hispanos, de tropas lusitanas y británicas. Hasta se habló de los preparativos en el Cabo de una expedición dirigida al Río de la Plata que comandaría el general Guillermo Carr Beresford <sup>(2)</sup>.

Sin aguardar la confirmación de la llegada a Río del Príncipe Regente, Santiago Liniers se apresuró a comunicar la inquietante noticia al Ministro de Guerra Don Antonio Olaguer Feliú, en oficio de 17 de marzo de 1808 <sup>(3)</sup>, despachado, en esa fecha, en la barca «Saeta». Sospechaba, con razón, el jefe del Virreinato que la presencia del Príncipe Don Juan en la vecina colonia del Brasil habría de ser motivo de alarma para los dominios de S. M. C., como efectivamente aconteció.

El territorio de la Banda Oriental, siempre codiciado por los portugueses, podría ser ocupado por sus tropas con el auxilio de las británicas. La operación no parecía difícil; en aquella parte de los dominios españoles sólo se contaba

---

Molinari, que también se ocuparon de la misma. Pero es el caso que algunos documentos, cuyo secreto no fuera revelado hasta el presente y otros que lo fueran superficialmente despejan y aclaran los hechos ocurridos.

Groussac en su difundido libro «Santiago de Liniers-Conde de Buenos Aires», en la página 182, nota 1, supone que el General Mitre al tratar de la Misión Curado en su Historia de Belgrano, tomo II, página 641, «ha tenido en su mano muchos hilos de esta madeja; pero por carecer de algunos o no darles la debida importancia, su exposición no reviste suficiente claridad». Cabe, tal vez, esta otra suposición: el general Mitre no es que no diera a los hilos de la madeja la debida importancia, mas no podía profundizar cada uno de los episodios concomitantes en su libro «qué es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época».

(2) Archivo General de la Nación. Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie IV, tomo 3; acuerdos del 12 y 17 de febrero, 15 y 21 de marzo, 7 y 13 de abril de 1808.

(3) Archivo General de la Nación. Oficio reservado N° 120, 17 de marzo de 1808. Citado por Levene: «Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno». Tomo I, pág. 328.

de acuerdo con el Gobernador Elío, enviar «a su costa, reservadamente, un sujeto activo, inteligente, de toda su satisfacción y de la de dicho jefe» a Río Grande para que se impusiese de cuanto allí acaecía, a fin de informar menudamente a su respecto <sup>(5)</sup>. En diecisiete días Luis Larrodamente desempeñó su comisión. El informe fué asaz tranquilizador: escasez de fuerzas, no se observaban preparativos, ni se esperaban tropas de Río, ni existían partidas destinadas para la frontera; con el Príncipe Regente sólo había llegado un regimiento de marina. Agregaba que «los oficiales existentes en Río Grande son de ningún concepto». Aparte de estas noticias sobre las fuerzas, el Comisionado se extendía en otro orden de consideraciones, acerca del viaje de la familia real de Portugal. «Después de haber saltado el Príncipe (alude a su desembarco en Bahía), el Pueblo le apellidó Emperador de toda América del Sur, a lo q.<sup>e</sup> respondía, que sería lo q.<sup>e</sup> quisieran» <sup>(6)</sup>. «La opinión bulgar — añade — es q.<sup>e</sup> dho. Príncipe pasará letras a la América Española del Sur p.<sup>a</sup> titularse Emperador de toda ella».

El Cabildo de esta Capital prefirió callar; en sus actas públicas nada dice del oficio «reservado» de 2 de marzo que le remitiera el Ayuntamiento de Montevideo. Sin embargo su inquietud es manifiesta con motivo de la presencia en el Brasil de los Braganza. En el acuerdo de 12 de febrero de 1808, esto es, veinte días antes de la fecha de aquel oficio, Alzaga, alma y nervio en esos momentos de la altiva corporación, dió la voz de alarma. Alude al traslado de la familia de Braganza a su colonia, «noticia de tanto bulto — dice — y con la cual no debemos descuidar en todo lo concerniente a nuestra defensa» e «informa acerca de sus gestiones ante el Gobernador», quien hábale confirmado la

(5) Archivo General de la Nación. Oficio del Cabildo de Montevideo de 2 de marzo de 1808. Véase: Diego Luis Molinari: «El protectorado portugués en el Virreinato del Río de la Plata 1808». Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. N.º XIV, Apéndice documental, pág. XXII.

(6) Pereira da Silva, citado por Groussac. *Liniers*, pág. 180, nota L, dice que fué saludado con vivas a O emperador do Brazil.



sión (7). Se dispuso entonces, de común acuerdo, des-  
har un expreso para que apresurase las tropas de carre-  
que conducían pólvora por la carrera de Mendoza y  
doba y acelerar la reparación del armamento. Liniers pro-  
so una revista general de las tropas para apreciar su es-  
o, pero Alzaga, más cauteloso, no se mostró conforme,  
or estar como estamos — alegó — rodeados de obser-  
dores», y se inclinó más bien a revistas parciales en todos  
s cuerpos, lo que fué resuelto. Como ocurría siempre que  
naba la palabra el omnipotente alcalde, el Cabildo aprobó.  
que «el Cabildo era él. Su voz la única que se escuchaba  
la Sala Capitular» (8).

A fines de abril recibió el Ayuntamiento el conocido  
icio reservado del Ministro Souza Coutinho de 13 de mar-  
o de 1808 (9). Llegó a manos del Cuerpo Capitular el 27  
e aquel mes, causando gran revuelo en el seno de la cor-  
poración, que guardó el mayor secreto. Los acuerdos no  
encionan el arrogante y fanfarrón documento — ofensivo  
oficio lo llamó el Cabildo—«indigno del talento de Coutinho»,  
según Pueyrredón, que denotaba con él una «falta absoluta  
de conocimientos de lo que era Buenos Aires» (10).

El portador del oficio, Don Antonio López, «personaje  
de larga cuenta» (11), se trasladó a la quinta de Alzaga  
para entregárselo personalmente. El Alcalde de primer voto  
había solicitado, en el acuerdo de 4 de abril, permiso para  
faltar un mes a las sesiones «a causa de su notoria enfer-  
medad», que, de inmediato, le fuera concedido. Su ausen-

(7) Archivo General de la Nación. Acuerdos del extinguido Cabildo de Bue-  
nos Aires. Serie IV, tomo 3, pág. 43. Véase: José Antonio Pillado. Don Martín  
y Don Santiago. Rev. Nacional. Tomo XX, pág. 55.

(8) Héctor C. Quesada: «El Alcalde Alzaga», Buenos Aires 1936, pág. 116.

(9) Mitre fué el primero que dió la fecha exacta del documento. H. de  
Belgrano, tomo II, pág. 638. Véase Groussac: Santiago de Liniers, pág. 180, nota 2.

(10) Carlos Alberto Pueyrredón. *En tiempos de los Virreyes*, Buenos Aires,  
1932, pág. 148. Consultar: Acuerdos del Cabildo, Serie IV, tomo 3. Informe de  
Liniers al Rey, de 10 de julio de 1809. Colección de manuscritos y documen-  
tos para la Historia y la Geografía de los pueblos del Río de la Plata, por An-  
drés Lamas, tomo I. Montevideo 1849, pág. 142.

(11) Ricardo Levene. *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Ma-  
riano Moreno*. Buenos Aires 1920. Tomo I, pág. 329.

cia se prolongó un mes más, pues su firma no aparece en las actas hasta la del 11 de junio siguiente.

Sospechando su importancia, Alzaga regresó a la ciudad con el pliego del ministro portugués y convocó a un acuerdo reservado para las últimas horas de la tarde de ese mismo día. En presencia del Cabildo en pleno fué abierto el pliego, y, no sin asombro, enteráronse de su contenido los señores regidores. Es bien conocida la forma como reaccionaron frente a «su infame contexto», para repetir sus propias palabras. En páginas admirables por su colorido y precisión Mitre y Groussac han hecho el análisis del famoso documento <sup>(12)</sup>. Tócanos únicamente agregar algunos pormenores que completan el cuadro que, de aquellos acontecimientos, poseemos.

Reunido el Cabildo, como queda dicho, «y después de conferenciada bien la materia», resolvióse que Alzaga y Juan Antonio de Santa Coloma quien, por ausencia del primero desempeñaba interinamente el cargo de alcalde de primer voto, se entrevistasen con Liniers. Llevaban, por expreso mandato, una vez que el Gobernador se hubiese enterado del oficio del Ministro Souza Coutinho, convenir con él el envío de un falucho a la Península para noticiar a la Corte la amenaza que se cernía sobre sus dominios del Plata.

Puestos de acuerdo, e informado el Cabildo del resultado de la entrevista, se resolvió que el mismo Alzaga y Francisco Antonio de Belaústegui — «sin pérdida de tiempo» — contratasen el falucho que llevaría la comunicación a España y se contestase a Souza Coutinho «con la energía propia de los sentim.<sup>tos</sup> De lealtad con q. este cav.<sup>do</sup> se ha conducido y conducirá siempre en obsequio De su legítimo y muy amado Soverano y Sor. natural» <sup>(13)</sup>.

---

(12) Bartolomé Mitre. H. de Belgrano, tomo II, pág. 636 y sig.s Groussac: Santiago de Liniers, pág. 180 y sig.s

(13) Archivo General de la Nación. Puntos p.<sup>a</sup> Acuerdo celebrado la noche Del 27 de Ab.l De 1808.



Al día siguiente a las seis de la tarde se efectuó un nuevo acuerdo «reservado» con la presencia — naturalmente — del activo y enérgico alcalde titular de primer voto, cuya «notoria enfermedad» no le impediría intervenir con su acostumbrado celo en «desagravio de S. M. y defensa de sus sagrados derechos» (14).

Alzaga y Belaústegui informaron que habían visto un falucho en Barracas, el cual se estaba recorriendo, perteneciente a la firma de Salvador Durán y Cía., quienes accedían a su arrendamiento para emprender el viaje a la península mediante la suma de doce mil pesos, «los 5.000 al contado y los 7.000 restantes a su arribo a España, quedando la bucosidad (sic) del buque íntegra a beneficio de los fletadores», con la obligación de conducir un pasajero portador de los pliegos que se remitiesen. Belaústegui, autorizado a cerrar trato con la citada firma — y la recomendación de que procurara obtener una rebaja de dos mil pesos, — anticipó la cantidad de cinco mil, suma que el Ayuntamiento, en el acuerdo del 11 de junio, ordenó le fuera reintegrada. (15).

A fin de resarcir, en parte, tamaño desembolso, el Cabildo facultó a Belaústegui para que procurase de algunos particulares carga con destino a la Península, cuyo flete hiciese menos gravoso ese crecido gasto.

Asimismo determinóse que los ediles recabaran del Superior Gobierno que por extraordinarios, y en forma reservadísima, se enterara de lo ocurrido al Virrey de Lima y a los presidentes de Chile, Cuzco y Charcas y se hiciere lo propio con todas las autoridades del interior del Virreinato, remitiéndoles un testimonio del malhadado oficio del ministro portugués y se les requiriera con toda urgencia auxilios en dinero «en las mayores cantidades q. pudiese», haciendo responsables a esas autoridades de cuanto ocurriera si no

---

(14) Archivo General de la Nación. Oficio al Rey. Buenos Aires, mayo de 1808. (Borrador).

(15) Archivo General de la Nación. Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires, Serie IV, tomo 3, pág. 123.

se avenían a proceder con toda celeridad. Como el Gobernador Intendente de Cochabamba, así que se informara de las pasadas invasiones inglesas, había ofrecido al Gobierno de Buenos Aires el envío de 10.000 hombres, cuya ausencia de aquella Intendencia, pomposamente afirmaba el aludido mandatario, no perjudicaría las labores del campo, el Cabildo solicitaba la mitad de tan crecido contingente que sería armado con los nuevos fusiles esperados de momento, adquiridos por contrata en número de 6.000.

Al mismo tiempo que el Cabildo analizaba la situación creada por el oficio de Souza Coutinho, Liniers había recibido pliegos de Río Grande, que le comunicaban la misión confiada al Brigadier Joaquín Xavier Curado. Los pliegos aludidos fueron facilitados confidencialmente a los representantes del Cabildo; el uno era del Capitán General en Porto Alegre, Pablo José da Silva Gama, datado el 8 de abril, y el otro del propio Brigadier Curado fechado el 14 del citado mes. Considerados ambos detenidamente por el Ayuntamiento, no creyó éste en la misión comercial que aparentaba traer Curado, viendo en él antes bien un espía, con tanto mayor motivo que sus informes le autorizaban a afirmar que venía acompañado de dos ingenieros en calidad de edecanes. Resolvió entonces, la avisada corporación, aconsejar al Gobernador y Capitán General que no permitiera al enviado pasar a esta Capital, obligándolo a detenerse en Montevideo, cuyo Gobernador lo atendería.

El Cabildo, plenamente convencido de los propósitos siniestros del gobierno portugués, que el oficio de Souza Coutinho parecía descubrir, en el deseo de anticiparse a cualquier agresión de la nación que ya consideraba enemiga declarada, resolvió proponerle a Liniers una invasión a Río Grande. La circunstancia de estar desguarnecida la frontera hacía factible una expedición de 2.000 hombres que integrarían los cuerpos voluntarios de la capital y de la Plaza de Montevideo. Esta expedición perseguiría un doble objetivo: recuperaría el Río Grande y obstaculizaría la invasión a la Banda Oriental que, a parte



de causar la pérdida de toda la campaña, arruinaría a sus habitantes y hacendados. Nuevamente fueron designados para exponer estas reflexiones al Jefe del Virreinato, Alzaga y Santa Coloma.

Liniers, que graduaba de escasa importancia los elementos bélicos disponibles en los dominios del Brasil, mostróse de inmediato entusiasmado con el proyecto que se presentaba, y aseguraría más tarde a Elío que con esos 2.000 hombres «tendría para merendarse a 5.000 portugueses» (16). «El Sor. General — informarían luego al ayuntamiento sus delegados — penetrado Del maior reconocim.<sup>to</sup> á vista De las reflexiones q. con tanta oportunidad y propias De las circunstancias le hacía este Cabildo, le daba las más expresivas gracias, igualm.<sup>te</sup> q. por el zelo y lealtad con q. propendía á q.<sup>to</sup> era combeniente á la defensa De estos Dominios y servicio De S. M.» (17).

Es permitido afirmar que en todas estas gestiones que llevamos referidas, la voluntad de Alzaga se impuso como de costumbre y que a él debióse la celeridad y energía del procedimiento seguido por la Corporación municipal en la emergencia. El reconquistador prometió remitir al Gobernador de Montevideo instrucciones y facultades amplias para que al enviado del Príncipe Regente se le oyese y atendiera en aquella ciudad, sin permitirle trasladarse a la Capital del Virreinato. Manifestó, asimismo, su decisión de ponerse al frente de la expedición, lamentando que el estado de su salud le impidiese pasar a aquella Plaza para tratar personalmente con el Gobernador, lo referente al enviado portugués y a la expedición a Río Grande. Los diputados del Cabildo apresuráronse a manifestarle que siendo absolutamente necesaria su presencia en la Capital, el Ayunta-

---

(16) Museo Mitre. Expediente sobre la Junta de Gobierno de Montevideo. Bauzá, F. Historia de la Dominación Española en el Uruguay, Tercera edición. Montevideo, 1929, Tomo II, pág. 441. Groussac, P. Santiago de Liniers. Buenos Aires, 1907, pág. 182.

(17) Archivo General de la Nación. Puntos de Acuerdo de la noche Del 28 De Ab.l con ig.l calidad.

miento no consentiría que la abandonase ni por un momento, proponiéndole que como jefe de la referida expedición nombrase al Coronel Elío «cuios conocim.<sup>tos</sup> militares, y actividad era mui a propósito p.<sup>a</sup> un golpe De mano».

Martín de Alzaga se apresuró a ofrecerse para pasar a Montevideo con el objeto de informar ampliamente a Elío de todo lo ocurrido y de las medidas de seguridad adoptadas por el Gobierno y el Cabildo «en tan críticas circunstancias», y combinar con las autoridades de aquella Plaza, lo más conveniente para realizar la proyectada expedición. No sólo Liniers agradeció tan espontáneo como oportuno ofrecimiento, sino que se dió prisa en manifestar que ordenaría a uno de «los buques de fuerza», a su regreso de la Colonia, lo condujese a la Ciudad de Zavala; y agregó que la expedición no debía limitarse a la ocupación de Río Grande, conviniendo extenderla a la zona de Río Pardo, y a fin de evitar la reunión de las fuerzas lusitanas invadir simultáneamente, desde lejanos puntos, para lo cual dispondría se les atacase por las Misiones y en sus establecimientos de Coimbra y Matogroso.

Como es sabido, la expedición no se llevó a cabo. Acontecimientos posteriores lo impidieron.

Mientras en la Capital del Virreinato el Ayuntamiento y el Gobernador, y más el primero que el último vigilaban atentos los actos del flamante gobierno portugués instalado en Río de Janeiro, en España iniciábase la lucha heroica que los peninsulares sostendrían contra Napoleón hasta arrojar a sus huestes fuera del territorio patrio. Al llegar el falucho a la Península fletado por el Cabildo con el extenso memorial elevado a S. M. para informarle de los sucesos producidos, ni Carlos IV, ni su privado Don Manuel Godoy residían en la coronada villa. El aludido memorial no llegó a sus manos y sí, como presumimos, fué a parar a los de la Junta de Sevilla que gobernara en nombre de Fernando VII, ya nadie se acordó de él ni de las súplicas que contenía.

Del interesante manuscrito, datado en la «Sala Capitular de Buenos Aires Junio 7 de 1808», de cuyo original — exis-



tente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid — publicó una copia Diego Luis Molinari en su erudito trabajo «El protectorado portugués en el Virreinato del Río de la Plata — 1808», — conserva el borrador el Archivo General de la Nación. Ambos documentos difieren. En aquél se han adicionado párrafos y en cambio no se ha transcripto el último del borrador. Además, en éste ha quedado en blanco el espacio correspondiente al día y así dice: «Maio de 1808», tal vez por no conocerse con certeza el de la partida del falucho, que levó anclas en la misma fecha que lleva el oficio principal (18). Según hemos dicho, el falucho que el Ayuntamiento contratara, se estaba recorriendo en Barracas. La operación tardó más tiempo que el calculado para dejarlo listo a fin de afrontar la larga travesía del Atlántico. Recién emprendió viaje en los primeros días de junio. En el oficio del Cabildo, de fecha 7 de ese mes, al Fiscal del Supremo Consejo y Cámara de Indias Don José de Gorvea y Badillo, se alude al «falucho conductor de esta (cartas y oficios que se le remiten) y q. costea este Cavildo con el único obgeto de instruir a S. M. con la presteza q. exige la materia de las insidiosas e iniquas miras de la Corte del Brasil de q.<sup>e</sup> se orienta V. S. I. por la representaz.<sup>on</sup> original y documentos inclusos» (19).

Si en su redacción no interviniera directamente Alzaga — ausente de la Capital, como se ha informado, desde principios del citado mes de mayo — son en realidad sus ideas las que sustancialmente dan forma al documento que comentamos, destinado a noticiar al Rey acerca de las pretensiones del gobierno portugués y de las medidas proyectadas para anularlas y obra suya es, nos atrevemos a afirmarlo, el agregado y supresión de párrafos al enterarse — a su regreso de Montevideo — del oficio que se dirigiría a S. M.

---

(18) Archivo General de la Nación. Exp. caratulado: Año de 1808. N.º 27. Salida del Falucho N. S. del Rosario y la Victoria, su Maestre D. Salvador Nieto con destino a Cádiz.

(19) Archivo General de la Nación. Antecedentes políticos, económicos y administrativos de la Revolución de Mayo. Tomo I, Libro III, La Plata 1910, pág. 90.

Se refiere el memorial, en primer término, al escrito de Souza Coutinho, «en que se ven — dice — apurados los resortes de las más insidiosas sugerencias, insultada la lealtad no sólo de este Cavildo, sino tambien la del vecindario y habitantes de la America Meridional, y lo que es más ultrajada a lo infinito la sagrada persona de V. M. y la de su poderoso aliado el Emperador de los franceses». Pero el Cabildo y «el vecindario entusiasmado con sus victorias (las de 1806 y 1807) y estimulado por el exemplo y valor de su benemerito General», sabrán oponerse a las solicitudes de la Corte lusitana. Unos días más y el oficio de Liniers con el cuento del zapatero, y en agosto la llegada del Marqués de Sassenay, indispondrían al elogiado general con la altiva corporación municipal. Las expresiones alabanciosas dirigidas al vencedor de Beresford se trocarían, muy luego, por agrios adjetivos <sup>(20)</sup>. Elevando el tono, el Cabildo aseguraba al monarca que el enemigo no avanzaría un paso en sus conquistas sin un inmenso derramamiento de sangre «y que sólo por sobre cadaveres podrá abrirse camino a sus designios». Mas la realidad era, indiscutiblemente, otra. Las fuerzas no igualaban a los nobles deseos del vecindario, pronto a sacrificarlo todo en obsequio del Rey, encarnación viviente de la patria. Demasiado vasto el territorio a defender, faltaban efectivos militares. Si el número de hombres, dispuestos a disputar palmo a palmo la tierra en que vivían, era suficiente, se carecía de armas. De ahí el estilo quejumbroso del memorial, en esta parte, para impresionar mejor al regio destinatario, siempre remiso para enviar auxilios a sus colonias de América, tanto más necesarios cuanto que en la presente oportunidad eran dos los enemigos que asomaban: Portugal con su secular ambición de correrse hasta la margen septentrional del Plata y Gran Bretaña insatisfecha del resultado de sus expediciones anteriores.

Compara, más adelante, el belicoso contenido del oficio de Souza Coutinho con las manifestaciones pacíficas y de

---

(20) Archivo General de la Nación. Acuerdo capitular de 15 de junio de 1808. Serie IV, tomo 3, pág. 125.



carácter puramente mercantil del enviado de aquella Corte, Brigadier Curado, cuya venida fuera anunciada desde el mes de abril, y su disparidad no engaña a la corporación sobre la verdadera finalidad de la misión confiada al último. «Es de sospechar, manifiesta al monarca, con algún fundamento que traiga encargos reservados de promover ocultamente las insidiosas ideas de su soberano; pero — añade a renglón seguido — no sacaré otro partido que el que resulta del oficio contestación; y de cualquiera novedad se dará a V. M. pronto y subcesivos avisos».

Anheloso el Cabildo de patentizar bien alto su celo por la integridad de los dominios del rey le informa que, de acuerdo con el gobierno ha resuelto costear «por ahora de sus propios» un extraordinario a la Península, para comunicar todo lo ocurrido y solicitar los auxilios necesarios, especialmente armas, ordenando al efecto las remesas respectivas. El párrafo final del borrador, cuyo propósito fuera impresionar al Soberano, no transcrito en el oficio remitido a la Corte, es la noticia que transmitiera Alzaga, desde Montevideo, que él mismo se encargara de desvanecer más tarde, esto es, la llegada «a Río de Janeiro de ocho buques de un convoy de ochenta y más velas con siete mil ingleses para custodia del Príncipe Don Juan, y multitud de efectos de comercio; y también se asegura la salida de una Escuadra que conduce Veinte mil hombres de los Puertos de Inglaterra al Río de la Plata, que del Janeiro havian buuelto a salir tres Navios de los del comboy con destino á conducir á dicho Río la Milicia, y Tropa arregladas de la India e Islas pertenecientes á Portugal» (21).

---

(21) Existe en «Archivo del Cabildo de Buenos Aires, Marzo-Mayo de 1808» (Archivo General de la Nación), la correspondencia cambiada entre Alzaga desde Montevideo y el Ayuntamiento de la Capital del Virreinato, en los días de Mayo, que el activo alcalde pasara en la otra orilla del Plata para cumplimentar la importante misión ante Elío de que se trata en el texto. En carta de 23 de mayo comunica alborozado «que p.r dos Vergantines que entraron antes de haier en este Puerto proced.tes el uno de Santos, y el otro de Río Janeiro, se recibieron Cartas de principios del presente mes que falcifican con grande plazer nro. la noticia que dí a V. S. el Correo pasado recibida del Yaguaron del arrivo a aquel Río de los 7 mil Ing.s p.ª custodia del P. Regente...» Dos días antes el Cabildo

Demasiado preocupada la Metrópoli con su tragedia interna, lejos estuvo de poder enviar los auxilios reclamados desde el Plata. Jamás llegaron y cuando alcanzamos la mayoría de edad en mayo de 1810, una de las primeras medidas de la Junta Provisional Gubernativa fué disponer la adquisición de armas en Gran Bretaña (22).

Los oficios del Capitán General de Porto Alegre, Pablo José da Silva Gama, y del Brigadier Joaquín Xavier Curado, a que nos hemos referido, llegaron a manos del reconquistador el día antes de que la nota de Souza Coutinho, de 13 de marzo, fuera recibida por el Cabildo, es decir, el 26 de abril. Ambos despachos arribaron a Montevideo el 22 y Elío los remitió de inmediato al jefe del Virreinato. Ya hemos anotado su fecha 8 y 14 de abril, respectivamente. Aquél se limita a solicitar la autorización correspondiente para que el Brigadier Curado pase a esta capital a fin de tratar personalmente asuntos de la más alta importancia y de mutuo interés a ambas naciones. El último suscripto por Curado, se refiere al objeto de la misión, cual es el de acordar «por medio de una convención tácita o expresa», el modo más conveniente de continuar el recíproco comercio entre los

---

de la Capital le manifestaba a Alzaga en contestación a su carta del 18, que le trasmittía noticias tranquilizadoras del Brasil, que «a pesar De lo expuesto se há hecho merito en la representaz.n á S. M. De estas nuevas ocurencias, por q. ellas manifiestan maior y más urgente necesidad De auxilios, y quizá inclinarán el R.<sup>1</sup> Animo á franquearlos. Si p.<sup>a</sup> vuelta de correo ó p.r alg.<sup>a</sup> anticipada proporcion tiene V. S. algo q. impartir De interesante, habrá siempre lugar De incluirlo en los informes a S. M....»

(22) La falta de armas era general en todo el Virreinato. El Gobernador Interendente interino del Paraguay Don Manuel Gutiérrez manifestaba con fecha 17 de marzo de 1808, al contestar la reservada de 19 de febrero que le dirigiera Liniers para que tomase las mayores precauciones en las provincias del Paraguay y Misiones con motivo de la llegada de la familia real portuguesa a Río de Janeiro: «yo no puedo responder al Rey de esta Prov.<sup>a</sup> y mucho menos de la de Misiones; comprometiendome unicamente, como me comprometo, a tomar un Fucil, y de este modo, o de otro qualquiera, derramar la ultima gota de mi sangre, por el Rey, y por la Patria, pero sin ser responsable de lo que no puedo defender, ni conservar si los Enemigos me atacan». (Archivo General de la Nación).



habitantes de ambos dominios americanos (españoles y portugueses). (23)

Liniers dió respuesta a ambos, poco después de haberlos recibido, con la más fina urbanidad del hombre de mundo y la medida de un hábil diplomático. En la nota que dirigiera a Silva Gama recuerda que ha conocido al Brigadier Curado con motivo de una «comisión diplomática» semejante, que le fuera confiada años atrás y expresa que le será muy satisfactorio estrechar aún más la amistad y recíproca alianza «de nuestros augustos soberanos». Se manifiesta complacido de su venida y ofrece dar las órdenes correspondientes por intermedio del Gobernador de Montevideo para que realice el viaje en las mejores condiciones de comodidad y rapidez posibles. Al final esta reverencia: «Yo hubiera felicitado el arribo De S. A. R. el Príncipe Reg.<sup>te</sup> á esos Dominios, si consideraciones q. no pueden ocultarse a V. E. no me lo huviesen impedido, celebrando por tanto esta proporción De manifestarle por medio de V. S. mis más altos respetos».

A Curado le dice que le será «muy satisfactorio tener esta ocasión De manifestar a S. A. R. el alto respeto q. me merece y poder acreditar mis vivos deseos De estrechar más los vínculos de amistad y alianza tan recomendada por nuestros augustos Soberanos». Repítele las manifestaciones hechas a Silva Gama acerca de la prontitud y comodidad del viaje. (24)

La misión ostensible que traía el Brigadier Curado — según lo que acabamos de ver — era, al par que de índole económica, de negociador diplomático. Liniers ordenó a Elío recibirlo con todos los honores y demostraciones correspondientes a un enviado de una corte extranjera, «en el concepto — le expresa — De que como V. S. dice, es mejor excederse, q. dar motivo de quexa». (25) Ordenábale, asimismo,

(23) Véase: Molinari. El protectorado portugués en el Virreinato del Río de la Plata 1808. Apéndice, pág. XXII.

(24) Archivo General de la Nación. Oficios de Liniers a Paulo José da Silva Gama y a Joaquín Xavier Curado, 26 de abril de 1808.

(25) Archivo General de la Nación. Oficio de Liniers a Elío, 26 de abril de 1808.

dispusiese que los Comandantes militares del tránsito le facilitaran el viaje, procurándole carruajes y caballadas si lo necesitase, dispensándole las atenciones debidas a su elevado cargo.

Según el testimonio del Almirante de la escuadra británica surta en aguas brasileñas, Sir William Sidney Smith, el Ministro de Relaciones Exteriores Souza Coutinho le hubiera descubierto sus verdaderos intentos sobre la misión del Brigadier Curado, cuyas instrucciones ante el Virrey de Buenos Aires «eran mejorar las relaciones comerciales y tratar de obtener como prenda de afianzamiento y aun de la paz, la cesión de la Colonia del Sacramento, agregando que en caso de no ponerse de acuerdo, las tropas portuguesas tomarían posiciones estratégicas en la costa septentrional del Río de la Plata, único medio, decía, de impedir que lo hicieran los franceses». (26)

El carácter impresionable de Liniers, que le reconoce su eminente biógrafo, hiciéronle modificar la orden pocos días más tarde. Obedeciendo a las sugerencias del Cabildo escribió a Elío con fecha 30 para comunicarle que por consideraciones posteriores a las enunciadas en su oficio del día 26 había resuelto autorizarlo para que tratase con él los puntos de la comisión. Así se lo hacía saber también al Brigadier Curado en una carta que remitiera abierta a Elío para que él, después de leída y cerrada, la entregase en propias manos. El Gobernador de Montevideo debía oírle y acordar lo más conveniente, dando cuenta, inmediatamente, al superior.

El socorrido pretexto de la salud precaria fué la razón invocada por Liniers a Curado para no recibirlo en Buenos Aires. «Las graves indisposiciones de que padezco, días hace — le escribía — me han puesto en la necesidad, después de lo que dixe á V. E. en 26 de este mes de hacer frecuentes salidas de esta Capital a la Campaña para reponer mi salud, por lo cual, y a fin de no causar a V. E. demoras,

---

(26) Carlos Alberto Pueyrredón. En tiempos de los Virreyes, pág. 179.



ni incomodidad para el desempeño de su importante comisión, he resuelto autorizar, como lo hago con esta fha., al s.<sup>or</sup> Govern.<sup>or</sup> De la Plaza De Montevideo con todo el lleno de mis facultades, para que trate con V. E. los objetos De aquella». El voluble mandatario modificaría, al mes justo, su determinación. Cartas de su hermano el Conde de Liniers, residente — como es sabido — en Río, que le comunicaba noticias tranquilizadoras de la Corte, decidiéronle a disponer todo lo contrario, o sea que Curado viniese directamente a la Capital del Virreinato sin detenerse en Montevideo. De ahí la orden al Alférez de Navío Luis Liniers — su hijo mayor — de 31 de mayo, comandante de la sumaca o bergantín «Belén» para que, a toda brevedad, se dirigiera a Maldonado, a fin de trasladarlo desde allí en derecho a Buenos Aires, «sin permitirle pasar de modo alg.<sup>o</sup> a esa Plaza» (Montevideo) (27)

Tan terminante era la última disposición tomada, que Elío ordenaría al Ayudante Mayor Joaquín Alvarez Navia alcanzase al Brigadier y desde el punto en que lo hallase lo condujera al Puerto de Maldonado, explicando a aquél que para hacer más cómodo su viaje se había tomado esa determinación, que se confiaba, fuera de su agrado. El avisado militar, cuya misión de espionaje le indicaba la ruta terrestre, así que el Alférez de Navío Liniers se puso a sus órdenes en el Puerto de Maldonado, a principios de junio, para conducirlo directamente a Buenos Aires, manifestó que no se avenía a embarcarse en la Belén, prefiriendo continuar por tierra su viaje a Montevideo, a donde arribó el 15 del indicado mes.

La sumaca había sido convenientemente avituallada, provista de un servicio completo de mesa y de la necesaria batería de cocina. Además se le entregaron a su comandante mil pesos «para los gastos extraordinarios y precisos del viage y obsequio q.<sup>e</sup> se previno debía hacerse al expresado S.<sup>or</sup> Curado». La suma resultó escasa, ya que el Alférez

---

(27) Archivo General de la Nación. Oficios de Liniers a Elío y a Curado, 30 de abril y 31 de mayo de 1808.

Liniers tuvo que agregar de su propio peculio ciento treinta y cuatro pesos siete reales, los cuales solicitó le fueran reintegrados, como lo resolvió la Junta Superior de Real Hacienda que, presidida por su padre, el flamante Virrey interino del Río de la Plata, aprobara los gastos efectuados, con fecha 13 de julio, resolviendo también que se conservasen «los enseres (permanentes en estos R.<sup>s</sup> Almacenes) q.<sup>e</sup> se refieren en dha. Cuenta, p.<sup>a</sup> un semejante destino q.<sup>e</sup> pueda ocurrir en las actuales circunst.<sup>s</sup>» (28) Meses después se afectuaría su venta en pública almoneda.

Elío, de acuerdo con las instrucciones virreinales recibidas, alojó a Curado en la mejor habitación del Fuerte. Se propuso, igualmente, tratarlo con toda la consideración correspondiente al carácter de enviado regio que investía, pero a los pocos días percatóse que la cortedad de su sueldo no le permitiría tales dispendios. El «navarrote», temeroso del naufragio de sus finanzas, se apresuró a pedir auxilios a Liniers, encareciéndole que se le reintegrasen las sumas invertidas y se abonasen al Ayudante Mayor, Joaquín Alvarez Navia, los gastos ocasionados en el viaje hasta la capital de la Banda Oriental. (29)

Liniers esperó en vano las credenciales del enviado lusitano. Al enterarse, por Elío, que el Brigadier había llegado con las manos vacías, sin más documentos justificativos de su comisión que las cartas de 8 y 14 de abril, lo cual confirmaba sus propósitos de espionaje, descubiertos desde que iniciara su marcha a los dominios hispanos, le intimó la presentación de poderes que acreditaran su misión. En su nota de 21 de junio le exigía que manifestase con claridad si traía o no los documentos de ritual, pues le era absolutamente necesaria esta explicación para, según ella, obrar en consecuencia. Franca y resueltamente le expresaba su extrañeza puesto que el Capitán General de Puerto Alegre

---

(28) Archivo General de la Nación. Expediente caratulado: «Don Luis Liniers. Solicita se le abonen los mil ciento treinta y 4 pesos». Guerra y Marina. Leg. 25, N.º 38.

(29) Archivo General de la Nación. Oficio de Elío a Liniers. Montevideo, 25 de junio de 1808.



en su carta del 8 de abril y el mismo Curado en la suya del 14 le aseguraban que venía legitimamente autorizado para tratar con el virrey los puntos mencionados en aquéllas. Fué en ese concepto que se le autorizó a pasar a Buenos Aires. (30).

Con la misma fecha ordenó a Elío — al remitirle copia del oficio dirigido a Curado — que le obligara a declarar sin rebozo si traía o no credenciales, dirigiéndole la respuesta por extraordinario.

A la verdad parece inverosímil que la cautelosa diplomacia lusitana, de procederes sobrados suspicaces y dirigida a la sazón por un hombre de las luces del Conde de Linhares, no hubiese provisto al Enviado Curado del instrumento indispensable para el lleno de su comisión, aun en este caso de manifiesta simulación. Bien es cierto que *al mejor cazador, se le va la liebre*.

Constreñido a fijar sin ambages su situación, el enviado portugués, al propio tiempo que por mar y por tierra informaba a su Corte lo ocurrido, ensayaba una explicación que no había de convencer a nadie. Según él, el oficio de 14 de abril precisaba los términos de su cometido como delegado del Gobierno de Río, por lo cual se consideraba legitimamente autorizado para tratar sobre los objetos de la misma con el jefe del Virreinato, lo que no obstaba si fuesen necesarios otros poderes, que le fueran acordados, habiéndose dirigido en ese sentido al Ministerio de Estado de su país (31).

La carencia de cartas credenciales determinó la orden de Liniers a Elío para que el Brigadier Curado permaneciese en Montevideo en calidad de rehén «con la seguridad posible», hasta la llegada a Buenos Aires del Coronel Conde de Liniers «quien, simple transeunte en Río y sin misión alguna, trataba un poco como asunto de familia los negocios de Es-

---

(30) Archivo General de la Nación. Oficio de Liniers a Curado, 21 de junio de 1808.

(31) Archivo General de la Nación. Oficio de Curado a Liniers, Montevideo 26 de junio de 1808.

tado». (32). Con el propósito de frustrar cualquier tentativa de fuga, si a Curado se le permitiera salir fuera de la Ciudad, prevínole al Gobernador de Montevideo que se le obligara a permanecer en su habitación del Fuerte «a la inmediata vista» de aquel funcionario, y por si acaso el sueldo del sospechoso huésped no alcanzase a sufragar los gastos extraordinarios que su prolongada detención le originase, el real erario habría de cubrirlos generosamente» (33).

Con la misma fecha (2 de julio), el mandatario bonaerense se dirigió a Curado en un tono que no ocultaba el profundo desagrado que su conducta evasiva le causara y al manifestarle su sorpresa por la carencia de documentos justificativos de su misión, le anunciaba que había prevenido al Gobernador de la Plaza continuase demostrándole el afecto y benevolencia del Virrey hasta recibir las credenciales o poderes pedidos a su corte, según él se lo aseguraba. (34)

Elío demostró constantemente al emisario portugués la mayor deferencia. No se avino a tratarlo, en realidad, como a un rehén; compartió con él su propia mesa y pidió instrucciones a Buenos Aires para el caso que el Brigadier prefiriese retirarse hasta la llegada de las credenciales, contingencia que, si la creía remota, no era imposible que ocurriese (35). El Brigadier Curado resolvió permanecer quietamente en Montevideo observando, hasta donde le fuese posible, los acontecimientos que en su derredor acaeciesen. Entre el Cabildo y el nuevo Virrey y Capitán General existía una tirantez de relaciones que llegó hasta casi su total ruptura. El nombramiento de Don Lázaro de Rivera como enviado en Río para tratar asuntos comerciales, inició la serie de desacuerdos que agudizaron el entredicho. La llegada del Marqués de Sassenay, con su cortejo de incidencias, y, más

---

(32) P. Groussac. Santiago de Liniers, pág. 183.

(33) Archivo General de la Nación. Oficio de Liniers a Elío, 2 de julio de 1808.

(34) Archivo General de la Nación. Oficio de Liniers a Curado, 2 de julio de 1808.

(35) Archivo General de la Nación. Oficio de Elío a Liniers, Montevideo, 6 de julio de 1808.



tarde, la desobediencia de Elío, fueron hechos cumbres de esta agitada época en ambas orillas del Plata y son todos sucesos ampliamente conocidos. El cuerpo capitular, manejado por Alzaga, se convirtió en el más celoso de los censores del Virrey y la lucha, enardecida cada día, no terminaría hasta la llegada de Cisneros.

Llevaba el Brigadier Curado treinta y un días en la Plaza de Montevideo, sin perder jamás de vista el objeto principal de su comisión, cuando recibió (16 de julio) el oficio del Conde de Linhares datado en Río de Janeiro el 8 de mayo que pedía noticias para proceder.

El obsecuente enviado se apresuró a informar al ministro de relaciones exteriores sobre la situación de Montevideo, según los datos recogidos en su disimulada prisión en el Fuerte de aquella Plaza. Su extenso informe redactado con ánimo prevenido traduce su malquerencia hacia los españoles. Tampoco falta en sus apreciaciones cierta ingenuidad que mucho asombra por provenir de un hombre que debiera proceder con mayor serenidad. Hasta permítese sospechar del valor de los españoles y de su patriotismo, lo cual no deja de ser interesante, pues le hubiese bastado recordar la expedición de Cevallos para guardar prudente silencio a ese respecto.

¿Supuso acaso el ilusionado militar que su sola presencia en Montevideo como enviado de la Corte de Río — que la escuadra inglesa apuntalara — habría de intimidar a las autoridades españolas y al pueblo para que sin más trámite le cediera el territorio de la Banda Oriental? La respuesta resuelta y altiva del Cabildo de Buenos Aires al Conde de Linhares, que ofreciera a las colonias hispanas la protección de su soberano, habíale hecho abandonar su atolondrado proyecto, pero no la posibilidad de extender los dominios del Príncipe Don Juan hasta el Río de la Plata.

«No he encontrado, ni espero encontrar, le dice a Souza Coutinho, un hombre con autoridad e influencia, del que pueda esperar un éxito feliz a nuestras pretensiones, porque en nadie observo circunstancias bastantes, que puedan

arrimar mis esperanzas». «Aquellos que en la apariencia — agrega — se hallan revestidos del poder público son fantasmas de grandeza, muchas veces insultados, y siempre sujetos al pueblo, cuya anarquía es tan excesiva, y absoluta, que se atreve a objetar a todas las disposiciones y órdenes de los que gobiernan, cuando no son directas a sus fines. Queda siendo evidente, que este monstruo sin cabeza no es digno de confianza, ni se puede esperar de él cosa alguna bien ordenada; y lo mismo será confiarle cualquier secreto que luego es publicado en pocos minutos y sin provecho alguno» (36).

La transcripción de los precedentes párrafos revela la utopía de quien los escribiera.

En su sentir no existe otro medio para conquistar la Plaza que la fuerza. Pensó primeramente en el cohecho, y con una ligereza sin igual arroja sombras sobre los cabildantes montevideanos. En efecto, no vacila en aseverar — y como nadie que no fuera el destinatario habría de leer su oficio, nadie pudo desmentirlo — que el General Witelocke «había comprado a todo el Cabildo por crecidas sumas y contando con la promesa de un gran número de hombres de primera categoría, y facilitando por ello su expedición, se halló engañado y llegó al extremo de capitular desgraciadamente, y perder en fin una acción que le podría haber sido sumamente gloriosa». Y a raíz de esa calumnia esta despectiva reflexión: «De este infeliz suceso, en que tuvo la mayor parte la desgracia de los ingleses, y no el valor de los españoles, resulta la pompa, la jactancia, que dichos españoles hacen diariamente de su honor, patriotismo y amor a sus soberanos». Los hechos, con su elocuencia persuasiva, han probado la falsedad de esta peregrina afirmación.

Desechando todo trabajo de zapa que, nos negamos a creer, hubiese iniciado porque ningún «hombre con autoridad e influencia» se hubiera prestado a las maquinaciones del espía portugués, pensó en la fuerza, que era en lo úni-

---

(36) Archivo General de la Nación. Oficio de Joaquín Xavier Curado al Conde de Linhares. Montevideo, 16 de julio de 1808.



co que podía basar sus planes de conquista, pero esta «debía ser muy superior para que pudiese decidir prontamente en favor de las pretensiones de su Alteza Real, y conservar el respeto a la Nación».

El Conde de Linhares en su oficio del 8 de mayo le anunciaba un ejército de 20.000 hombres y Curado, al manifestar su complacencia, insiste en que el número de combatientes no debía ser inferior al apuntado, «antes más si fuera posible», por cuanto siendo la empresa proyectada la primera acción que el Príncipe Regente habría de acometer en estos dominios, era indispensable que su resultado fuese rápido y glorioso. Por otra parte, deseando el Príncipe Don Juan evitar, en lo posible, el derramamiento de sangre, era indispensable para conseguirlo una fuerza superior «que hiciese enmudecer a los españoles y paralizar sus proyectos».

El fracaso de la intentada empresa militar traería aparejada la pérdida de todo Río Grande, según así lo suponía Curado, baluarte que fácilmente destruirían las tropas españolas, aprovechando esta feliz oportunidad para la ocupación del territorio.

Afirma que la fortaleza de Montevideo hállese en excelentes condiciones de defensa, pues el ataque llevado a cabo por las fuerzas británicas «despertaron a los españoles del profundo letargo en que yacían», quienes, aprovechando las reparaciones efectuadas por los ingleses aumentaron el poder de las fortificaciones, lo cual permitiría a sus defensores resistir a un crecido número de atacantes. Explica luego cómo han sido reforzadas las baterías y la dificultad existente para aproximarse a la Plaza, pues las excavaciones realizadas para la obtención de la tierra y piedra necesaria a la reedificación de la Fortaleza no permitiría la colocación de baterías a menos de 600 toesas, estos es, unos 1163 metros. Calcula el número de defensores de la Plaza entre tres y cuatro mil hombres, ya que la población de Montevideo y sus alrededores — según los informes obtenidos — está calculada en 18.000 almas. La capital del Virreinato enviaría, naturalmente, refuerzos, a menos que ambas ciudades fuesen

atacadas al mismo tiempo. A renglón seguido, dos palabras acerca del Gobernador Elío, «militar valeroso, cuyos hechos los españoles citan con jactancia». Con una ingenuidad, que se torna admirable en este caso, le informa a Souza Coutinho que Elío es sumamente reservado, *principalmente* con él. El recio gobernante, que conocía perfectamente sus intenciones, es fácil colegir que le exagerara los medios de defensa de la Plaza y presumiendo, tal vez, acontecimientos que muy luego ocurrirían, o respondiendo a sentimientos que se descubren hostiles al Virrey, le confesaba sus ningunas esperanzas de continuar en el gobierno, porque Liniers no fuera amigo suyo, afirmación que, de ser exacta, probaría la quebradiza memoria del Gobernador para recordar favores recibidos, ya que si ocupaba ese cargo lo debía, precisamente, a quien él no reconocía como amigo, y eso, a pesar de los fracasos militares que por ser tan recientes no habíanse olvidado. (37).

En cuanto a Buenos Aires, los datos obtenidos por Curado le permiten afirmar al Conde de Linhares que su población, incluyendo los suburbios, alcanza a 60.000 almas (38); de ahí que pueda disponer de 7 a 8.000 hombres armados y 6.000 con lanzas y otras armas por falta del equipo adecuado, más la artillería es «muchacha y buena, tanto montada como desmontada». Escasea el armamento para la infantería, pero sus autoridades esperan que les llegue de la América Inglesa (¿Estados Unidos?). Y como las municiones de guerra y el acopio de pólvora es abundante, la ciudad podrá soportar un largo sitio.

Según el espía portugués Buenos Aires se aprestaba a defenderse de cualquier invasión, como ya lo había efectua-

---

(37) Liniers en su informe al Rey de 10 de julio de 1809 afirma que «la falta de oficiales veteranos obligó a confiarle interinamente el gobierno de Montevideo». Colección de manuscritos y documentos para la Historia y Geografía de los pueblos del Río de la Plata, por Andrés Bello. Tomo I, Montevideo 1849, pág. 142.

(38) Mitre y Groussac calcularon alrededor de 45.000 habitantes. Según el Cabildo la población de la ciudad era de 60.000 hab. (Archivo de Cabildo, Junio-Septiembre-1808). Oficio del Ayuntamiento.



do en la Reconquista y repetido en la Defensa, desde las azoteas de las casas «que es una clase de cobertura de ladrillos que suple la falta de la teja», le aclara a su ministro, a parte de los muchos fosos construídos en los suburbios y zanjás en las calles. La Colonia y Maldonado — los dos puertos más importante de la margen septentrional del Plata después de Montevideo — carecían de toda fuerza militar.

No ocultándose a Curado la rivalidad que de antiguo caracterizó siempre las relaciones entre españoles y portugueses, se admira del gran número de sus compatriotas que viviendo en los dominios de S. M. C. soportan menosprecios y violencias.

A pesar de sus despreciativas frases para el valor de los hispanos, recomienda al ministro Coutinho que envíe tropas suficientes que permita la conquista definitiva de la Plaza y la tranquila posesión de la margen septentrional del Plata. Aquella sólo podría ser tomada por asalto — arbitrio que si puede resultar más rápido y de consecuencias decisivas, exigiría mucha sangre — en tanto que el bloqueo por tierra y por mar, que asimismo recomienda, si bien más lento, es más humano. Pero uno u otro medio para llegar a la conquista real exigiría siempre muchas tropas. Entra en seguida en una serie de detalles a propósito del ataque llevado por los ingleses en 1807 y de las condiciones del río para operar por agua. Su escasa profundidad en la vecindad de la Plaza, la máxima de 3 a 3 1/4 brazas, únicamente permitiría la aproximación de embarcaciones pequeñas, cuya artillería — lo reconoce — no podría «competir con las baterías de la misma Plaza, que son de 18 y 24».

El extenso informe fué precedido de un mensajero, conocedor del Río, Antonio dos Santos Cruz, quien transmitiría al ministro Coutinho mayores detalles acerca «de una Plaza que presenta para la campaña 8 baluartes con 60 bocas de fuego de grueso calibre». En una carta del estuario, que poseía Curado, estaban indicados «los fondos en vecindad de la Plaza». «Lo único que ruego a V. E. — insistía — es que no se olviden de escaleras de 4 brazas de alto, o madera

ya lisa y numerada para 60; mixtos para alumbrar a la campaña; y cohetes para el aire». «Las piezas de batir creo que serán suficientes en número para 4 baterías, de las que dos dirigirán sus tiros al muelle y al baluarte que lo defiende; y dos para batir a la Plaza».

Castillos en el aire que se desmoronarían prontamente. Desaparecido el puntal de la escuadra inglesa en aguas de Río de Janeiro y decidida la participación de la Gran Bretaña en las guerras de la Península contra Napoleón, esos proyectos de conquista esfumáronse por el momento, aunque no el propósito firme de avanzar hasta el Plata. El Ministro de Estado y su enviado creyeron, quiméricamente tal vez, en la conquista pacífica del territorio de la Banda Oriental en ese período crítico de la historia de esta parte de América, pero en la fecha del informe que hemos comentado Curado ya desesperaba del éxito de su misión «en consecuencia del poco fruto que he recogido — decía — de mis diligencias entre un pueblo absoluto, y un gobierno flojo, débil y popular por necesidad». Sin embargo — agregaba — «yo sigo en aplicar mis más serias diligencias para que se consiga lo que se desea, y aunque poco animado de esperanzas halagadoras, sin embargo no desanimo totalmente de la empresa por ahora: tal vez que el tiempo descubra algún medio favorable y seguro, que pueda guiarme hacia el buen éxito de mi principal comisión».

El tiempo no descubrió ningún medio favorable a los planes del Mariscal de Campo de los Ejércitos del Príncipe Regente de Portugal <sup>(39)</sup> para la conquista pacífica del ansiado territorio que, desde antes de 1680, constituía la principal preocupación en esta parte del mundo de la monarquía lusitana.

Un mes después de la fecha del informe de 15 de julio, Curado se dirigía por doble vía al Conde de Linhares para anunciarle la llegada al Plata del Emisario francés Marqués de Sassenay. El principal lo remitía por intermedio de «las

---

(39) Así se titula en el oficio dirigido al Comandante de las naves inglesas de 15 de agosto de 1808.



naves inglesas que están — expresa — en la boca del Río de la Plata», y el duplicado por tierra, camino de Río Grande. Elío le facilitó todos los auxilios necesarios para que la correspondencia del enviado alcanzase las mencionadas naves inglesas. Le noticia al Conde de Linhares las incidencias del viaje del emisario napoleónico hasta esta Capital con los pliegos dirigidos a Liniers y los rumores de la abdicación de Carlos IV en favor de José Bonaparte, quien sería auxiliado por un ejército de diez mil hombres para guarnecer las márgenes del Río de la Plata al aclamarse rey de estos países.

Los datos transmitidos son, en cierto modo, imprecisos, ya que ignora el nombre del emisario francés y el del comandante de las naves inglesas surtas en el Estuario, a quien se dirige para comunicarle las mismas novedades «en nombre de Su Alteza Real el Príncipe Regente de Portugal», atribuyendo a la sumaca Belén, que transportó al Marqués de Sassenay desde la Colonia hasta Buenos Aires, lo ocurrido al bergantín *Consolateur* que trajo a su bordo a aquél desde Francia y fué perseguido por dos fragatas inglesas hasta embicar en la costa de Maldonado (40).

Curado permaneció en Montevideo hasta los días de la instalación de la Junta presidida por Elío. Su presencia en la ciudad había concluído por pasar inadvertida (41). Aprovechó esos días para dar por terminada su misión y dirigirse a Río Grande. Sus últimas comunicaciones a Liniers son de 24 y 31 de agosto, remitidas al Virrey por intermedio de Elío. El último oficio del magistrado rioplatense es de fecha 1º de octubre. Liniers ordenó a Elío que le fuese dirigido a Curado «inmediatamente al paraje en que se halle», mandato que acatará el Gobernador de Montevideo, a pesar de sus recientes desobediencias, dando respuesta a su superior jerárquico el siguiente 4, manifestándole quedar cumplida la orden recibida.

---

(40) Archivo General de la Nación. Oficio de Curado al Conde de Linhares. Montevideo, 15 de agosto de 1808. Véase: P. Groussac. Santiago de Liniers, pág. 197.

(41) Bauzá. Obra citada. Tomo II, pág. 454.

Curado insistió en sus pretensiones a la margen septentrional del Río de la Plata, que Liniers rechazó con energía <sup>(42)</sup>. Es conocida la correspondencia cambiada entre el reconquistador y la Infanta Carlota <sup>(43)</sup>. El Virrey manifestó a la Princesa, sin circunloquios, en carta de 30 de enero de 1809, su extrañeza y desagrado por la misión Curado, que, so capa de tratar asuntos comerciales, procedió «más en calidad de espía que de negociador», y la Infanta le respondía, meses después (8 de junio), que, con anterioridad a su misión, había reconvenido a su esposo «por la conducta de su expresado ministro» (Souza Coutinho, Conde de Linhares). Electivamente, con fecha 20 de diciembre de 1808, la Infanta escribió a su marido el Príncipe Regente quejándose de los procedimientos del Ministro de Estado <sup>(44)</sup>.

El Brigadier Curado se instaló en la ciudad de Río Grande acechando el momento del ansiado zarpazo, y, desde allí, continuó informando al Conde de Linhares acerca de los acontecimientos ocurridos en la Capital del Virreinato. Portugal vió desvanecerse nuevamente sus dorados sueños de dominio ríoplatense.

Misión sin trascendencia, agitó los ánimos de los magnates del Plata y se apagó en el silencio; se diferenció de sus similares de espionaje en las colonias españolas, en la ostentación con que se presentara el Comisionado en los dominios de S. M. C.

## EUGENIO CORBET FRANCE

(42) Informe citado de Liniers al Rey.

(43) Bartolomé Mitre. H. de Belgrano. Tomo II. Apéndice, pág. 788 y siguientes.

(44) La carta de la Princesa Carlota está transcrita en *Memorias Secretas*, escritas por Presas, Cap. IV, pero su fecha, 24 de noviembre de 1808, es otra que la del original que lleva la de 20 de diciembre del mismo año. La carta autógrafa de la Infanta la posee el Archivo General de la Nación, de la que hemos obtenido un facsímil. No cabe duda que el famoso Secretario la escribiera en la fecha con que aparece en las *Memorias*, que sería también la del borrador remitido a la Infanta, quien, un mes más tarde, luego de copiarla, la envió a su marido.